

Aldo Torres Púa

La voz de tiempo

LA HUMEDAD



H penetrante flor de miedo,
la humedad a mis sentidos!
Da metálicos golpes de ala torva
en los paraguas y las ropas.

¡Cómo amortaja las paredes!
Es el aliento de la muerte.
Lengua grávida, hinchada de un seguro
cansancio sumergido en luto.

Ella está en donde el ojo siempre
la busca temerosamente.
Sobre la tabla horizontal del sueño,
fría carcoma del infierno.

Huellá de musgo en las gargantas,
musgo de vidrios y navajas.
Cruels sarmientos, dedos que nos hieren
en la raíz de nuestras sienes.

Espera como un sinapismo
bajo el calor y bajo el frío.
Savia implacable. Muerte. Nacimiento.
Al cielo: Flor. Abajo: Cieno.

LAMENTO

¡Qué interminable tiempo de cieno desenvuelvo!
En mi garganta, en mis oídos, en mis sienes,
como reloj, de fijo, ¡oh su espeso latido!
Y es inútil huir. Alrededor de mi alma
vaga como el aceite descalzo de la muerte.
Su venganza de yeguas nocturnas, solapadas,
sin piedad me condena a sucesivas sepulturas.
¡Oh viento sepulcral de lámparas y estrellas!

Ya no sé en qué destino mis pies se multiplican.
Mi porfiada salud quiere clavar sus garras
y remontar la piedra pura del horizonte
para clavar de un grito la bandera del pecho.
Mas todo se transforma en una inmensa ciénaga.
Hasta el altivo amor es la huella del lodo.
En la posteridad de un remoto paisaje,
morir su eternidad mi corazón quisiera.

Idolo del silencio, no turbéis mi alarido,
 mi vidrio doloroso, mi puñal oxidado.
 Para el que espera flores, para el que espera frutos,
 las savias solamente son tránsito de espinas.
 Las horas llegan, caca, cual bestias implacables
 y en el más dulce sueño respiran asesinos.
 Peña de soledad, con mi acero de angustia,
 cómo labrar un lecho que fuese para siempre.

OCTAVAS ALEJANDRINAS

Tantas calles. La plaza. Tantas esquinas. Vuelvo.
 Abrazo de las cuatro paredes de mi cuarto.
 La soledad difícil. Tantos libros abiertos.
 Raíces misteriosas que pueblan el espacio.
 Mi corazón perdura debajo de los cielos.
 Se multiplica el eco de mi doliente paso.
 Por la entraña terrestre va el surco paralelo,
 mi esencia caudalosa de tristeza sin llanto.

No importa que prolongue el tiempo vuestro sueño.
 Arde una era en donde no existen calendarios.
 Un tesoro sin mapas. ¡Mi silbato de hueso!
 Infancia . . . Adolescencia . . . Prematuro aletazo,
 que diploma mis sienas. Fragancia del recuerdo.
 Todo un fuego vital se alza desde el pasado.
 Tu silencio lejano. Bandera de lo eterno.
 Es el sendero. Duermes. Me tienes en la mano.

Ni mensaje soñado... ¡Quién buscó en el cerebro
un hacha que partiera la baya del arcano!
Gravitan en mi sangre los latidos que han muerto.
Un beso abandonado me marchita los labios.
Amo esta isla. Quiero su círculo de hierro.
Duración... ¡Oh cadenas! ¡Que salten en pedazos!
Llega la noche. Ofrece su copa de consuelo.
A su infinita orilla se deshojan los astros.

Presente igual mañana. En la flor ya no hay cieno.
Es inútil buscar las alas en el canto.
Oculta amaneceres la yema de los dedos.
Contemplación. Pregunta interior. Ramalazo.
¡Oh bufanda mortal alrededor del cuello!
Libre está el extranjero mascarón de la carne.
Yo te entrego el vacío, ¡hiena de los recuerdos!
Porque el modo del alma no necesita un cauce.

Tantas calles. La plaza. Tantas esquinas. Vuelvo.
Abrazo de las cuatro paredes de mi cuarto.
Un silencio con voz estrellada de anhelos.
Una confianza de oro como el sol en lo alto.
Papel. Abecedario. Maravilloso espejo.
Pulso sereno. Ingrávido aroma derramado.
Mi reloj, con su aguja de transitorio acero,
predica su lenguaje numérico enlutado.

Vuela lejos, muy lejos, ¡oh pájaro del miedo!
Mi madre pone aurora en el nocturno vaso
de leche, que me espera parado junto al lecho.
Labro piedra sonora. Martillo de los años.
¡Que importa el derribado silencio de mi cuerpo!
Este viaje terrestre nos parece tan largo.
¡Oh poesía, flecha que me atraviesa el pecho!
Mi diestra es la más bella herramienta de trabajo.

Tantas calles. La plaza. Tantas esquinas. Vuelvo.
Abrazo de las cuatro paredes de mi cuarto.
Mis párpados descenden. Arbol de mi esqueleto
cargado de campanas. ¡Relámpago sagrado!
Máscara de la risa macabra, tu flagelo
es un negro fulgor bajo el rumor urbano.
Aquí, en lo transitorio, se concierta el encuentro
con una eternidad que duce adelantado.

BRASA Y CENIZA

¡Oh corazón gastado en las pupilas!
Múltiple y solitario,
soy un árbol, frondoso de doctrinas,
carcomido del tiempo desalado.

¿Cuánto sabemos del hombre que vive?
¿Cuánto sabemos del hombre que muere?
Toda ignorancia es triste.
¿Sabe alguien lo que quiere?

Palpitaciones. Ayes.
Eco del ser perdido.
Se puebla el aire de infinitas fauces.
Felicidad en medio del peligro.

Veo el eje mordido por la rueda.
El universo gira en el cerebro.
¡Cómo, cómo me ciegan
los sentidos despiertos!

Aquí, aquí vivo lo permanente.
¿En dónde, en dónde está el pulmón del viento?
Voy a lo transparente.
Y lo lejauo dentro.

Todo lo siento en mí cual una brasa.
Pero ¿qué nos oculta la ceniza?
¿Somos simple distancia
o materia suicida?

Y siempre en las colinas de mi alma
trabaja la guadaña inquisidora.
¿Qué deja en la montaña
la nieve voladora?

¡Oh existencia de flecha suspendida!
¡Oh doliente alegría de lo eterno!
¡Oh llama de la vida!
¡Oh herrumbre de mis huesos!